

Literatura y Medicina

F. L. Redondo

Queridos amigos.
Otra vez en Jaén, otra vez aquí con Uds. Bueno, eso, suponiendo que me hubiera ido, lo que podría no ser rigurosa y enteramente cierto. Borges afirmó que había una forma secreta del tiempo por la cual siguen con nosotros gentes que creen habernos abandonado. Quizá todo dependa de la memoria. Sin la memoria las cosas no existen; con la memoria la realidad se ensancha y se multiplica. La literatura, que refuerza y suplanta a la memoria, aparece prácticamente con la escritura y en más de cinco mil años no ha tenido otro objeto, en el fondo, que enseñarnos que la realidad se trasciende a sí misma, que hay muchas realidades distintas, complicadas y enriquecidas por la simultaneidad. Si un escrito no aporta algo que nos revele esto, si no recurre al engaño, la magia o la fantasía, ya no es literatura. Puede ser historia, sociología, ciencia, pero no literatura.

Alguien pensará, con razón, que esto es discutible. Naturalmente. Si las cosas no fueran discutibles habrían bastado unos pocos cientos de años para escribir todas las verdades posibles, todo lo que es capaz de abarcar la limitada capacidad del cerebro humano y los hombres serían sombras aburridas esperando a la muerte. Pero no es así. Llevamos tantos siglos escribiendo, y lo podremos seguir haciendo eternamente en el

futuro, precisamente porque todo es discutible, porque la verdad es inasible y hay muchas verdades. ¿Qué es la verdad? Seguramente, el momento más dramático del relato de la pasión de Cristo, en el evangelio de San Juan (18 38), es cuando Pilatos hace esa pregunta, *¿qué es la verdad?*, al frágil ser que tiene delante y, sin esperar siquiera la contestación, vuelve a salir a donde aguardaban los judíos. Quizá porque sabe que, incluso si tuviera delante efectivamente a un Dios que le explicara el misterio, él, un hombre, no sería capaz de entenderlo. San Lucas –por cierto, uno de los más antiguos médicos escritores– en su evangelio, al narrar este pasaje no alcanza el *pathos*, la profundidad metafísica de San Juan. Los médicos escritores no siempre son los mejores, ya tenemos un ejemplo.

La verdad tiene alguna dimensión más de las que el entendimiento humano puede captar de manera inmediata. Por ello, necesitamos distintas versiones de ella –como hacen falta distintas proyecciones para representar un volumen en las dos dimensiones de un plano–, distintos enfoques, para intentar vislumbrar la verdad entera, al final siempre incompleta y remota. Y cuanto más profunda la verdad, más esquiva, más huidiza. Hasta llegar a las grandes verdades, los grandes temas de la humanidad, los grandes enigmas, que tienen la curiosa propiedad de que cualquier formulación acerca

Palabras clave: Literatura. Médicos escritores. Maraión. Conan Doyle. López de Villalobos.

Fecha de recepción: Enero 2002.

Seminario Médico

Año 2002. Volumen 54, N.º 2. Págs. 59-72

de ellos puede ser verdadera, con tal de que lo sea también su contraria. Así, la forma suprema de la sabiduría sería el escepticismo. Pero, aplicando precisamente la regla que acabo de exponer, el escepticismo supondría también la sapiencia ínfima, la quiebra y el fracaso del pensamiento.

Vuelvo al principio, porque no quiero dejar ya un primer cabo suelto. ¿He estado aquí desde la última vez que estuve? Cualquier cosa existe y es verdad si alguien la piensa. Esta es una verdad profunda. Lo que quiere decir que también es verdad lo exactamente contrario: las cosas existen y son ajenas al pensamiento. No quiero confundirlos. Créanme, he estado aquí muchas veces, desde aquel octubre de hace dos años, cuando el Dr. Sillero expuso unas bellísimas reflexiones sobre la vejez y el envejecimiento y tuve el placer de contestarle. Y yo les he dirigido otras veces estas palabras de ahora, desde que empecé a escribirlas una fría y melancólica tarde de un enero rotundamente invernal.

Si he logrado crear un cierto ambiente de relativismo noético, de bruma intelectual, esto sirve a mi propósito de hablarles de la literatura y los médicos. Porque también aquí, cómo no, la verdad es elusiva, cambiante y caprichosa. Como con tantas otras cosas. En el terreno de la matemática, Gregory J. Chaitin, del Centro de Investigaciones Watson, de la IBM, autor del libro *The limits of Mathematics* —los matemáticos también escriben—, que ha meditado extensamente sobre las limitaciones de dicha ciencia, escribió, utilizando una fórmula ingeniosa, que ya habían usado otros: *So, Monday, Wednesday and Friday I have doubts about mathematics and Tuesday, Thursday and Saturday I'm doing mathematics*. Yo podría decir, de manera análoga: los lunes, miércoles y viernes, comprendo y ahondo en la relación entre la literatura y la medicina, y los martes, jueves y sábados, la considero excesiva y banal y me aburre esta presunta y privilegiada relación, tan largamente propuesta y aceptada.

Empecé con un cierto talante filosófico, espero que no demasiado aburrido o pretencioso, y querría continuar sólo un poco más. Muchas veces creemos que sabemos de qué estamos hablando y en realidad no es cierto. Al principio de cualquier investigación o exposición convendría definir, delimitar muy claramente los conceptos o hechos sobre los que se pretende averiguar o manifestar algo. En ciertos trabajos médicos, para estudiar si un determinado medicamento es eficaz frente a una enfermedad concreta, conviene señalar muy claramente, desde el principio, los criterios que se van a utilizar para establecer o medir el posible efecto del medicamento. Y cuanto más objetivos e indiscutibles sean estos criterios, mejor. Se trataría de escoger, si es posible, algunos de los que en la literatura científica de habla inglesa se llaman *hard points*, puntos duros, criterios incontrovertibles. Como, por ejemplo, la mortalidad. Se comprende que es más fácil comparar el número de muertes entre dos grupos de pacientes, tratados y no tratados, que valorar la percepción subjetiva del dolor entre los integrantes de esos mismos grupos. Porque uno se muere o no se muere, no se muere uno un poco. Por eso, aquí la distinción es muy fácil.

Pues bien, si vamos a hablar de médicos escritores, lo primero que me gustaría definir es qué debe entenderse por médico escritor. Si es posible una definición tajante e inequívoca, claro. Algunos de los que han tratado estos temas han pretendido, con la laudable intención de esclarecer el asunto, contraponer dos arquetipos: el médico escritor y el escritor médico, siendo este último alguien que, aun siendo médico, jamás se dedicó a ejercer la profesión, a efectos prácticos (como Vital Aza, por ejemplo). Esto me parece una simplificación excesiva. Hay infinitas diferencias, entre los médicos escritores, en el género que han cultivado (ficción, ensayo, etc.), en la manera personal en que cada uno de ellos ha resuelto esa conjunción de quehaceres que les caracteriza. Para abordar el problema, me

voy a servir de un modelo, extremadamente simple, tomado del campo de la medicina y que se usa para ponderar la distinta importancia de los factores genéticos y ambientales como causas de enfermedad. El modelo explica el diverso peso de unos y otros, proponiendo un rectángulo dividido por una diagonal en dos triángulos superpuestos, de los que uno representa la carga genética y el otro la carga ambiental e imaginando las distintas enfermedades como rectas transversales que cruzan dicho rectángulo (figura 1). Según la posición de estas rectas a lo largo del rectángulo, los segmentos de las mismas contenidos dentro de cada triángulo variarán en longitud y así el peso relativo de ambos grupos de factores en la etiopatogenia.

Si recurrimos a este modelo y los triángulos representan la medicina, por un lado, y la literatura, por otro, las rectas transversales podrían mostrar, en cada caso, una peculiar síntesis personal (figura 2). En un extremo, digamos a la derecha, podría estar Pío Baroja, por nombrar a un escritor médico clásico. En el otro, a la izquierda, podemos colocar a Sir Ronald Ross, premio Nobel de Medicina en 1902 por sus trabajos sobre la transmisión de la malaria, quien escribió algunos poemas y obras de ficción. Seguramente con más labor literaria, más a la derecha por tanto, estaría D. Santiago Ramón y Cajal, nuestro Nobel de 1906, con relatos cortos y literatura autobiográfica y ensayística. Más a la derecha aún, casi en el centro, porque en él se conjugan bastante equilibradamente medicina y literatura, se podría situar la figura de Marañón. También, quizá, la de Louis-Ferdinand Céline, el autor de *Viaje al fin de la noche*, de 1932, del que George Steiner, al que me referiré luego, dice que fue capaz de reinventar la lengua francesa y es el único autor francés moderno que pasará a la posteridad. ¡Un juicio exaltando hasta la exageración a un antisemita visceral! La admiración es aún más innegociable y fatal que el amor. Cuánto me gustaría demorarme en esto, pero no puedo. Al final, habría que preguntar a cada uno

cómo, o por qué, querría ser juzgado. Sin contar con que el supremo juicio se basará sólo en la felicidad que cada uno provocó en el mundo.

Este modelo geométrico sólo da una idea de la *ratio*, de la proporción, entre las dos actividades, no del valor absoluto de cada una. Tampoco se sigue de aquí —al menos en mi análisis del problema— que lo ideal sea la relativa igualdad de ambas dedicaciones. Pienso que las dos obras, la científica y la literaria, han de ser juzgadas independientemente, en función de sus peculiares méritos y valorando no sólo la cantidad sino, sobre todo, la calidad. Cajal escribió menos literatura que Marañón. Pero su estatura científica es tan extraordinaria que incluso hoy día no es comprendida por muchos. Me gustaría llamar la atención ahora sobre la permanente actualidad de su obra, señalada ya por López Piñero, un historiador de la medicina. Un somero estudio bibliométrico, con los datos del *Science Citation Index*, que analiza los contenidos de más de cuatro mil revistas científicas de todo el mundo, revela que D. Santiago ha sido el autor más citado, en tiempos recientes, con un número de citas sólo igualado por Einstein y muy superior al de Darwin, Virchow o Claude Bernard. Y su dedicación ascética al ideal científico podría explicar el menor peso de la obra literaria del maestro. Un detalle que ilustra esta mentalidad de Cajal es su renuncia al juego de ajedrez, al que era muy aficionado. Lo abandonó, dijo, porque «aunque no se pierde dinero, se pierde tiempo y cerebro, que valen infinitamente más. Y se despolariza nuestra voluntad, que corre por cauces extraviados».

Para mí, cualquiera que sea médico y escriba o publique algo, que no sea de naturaleza profesional, es, en principio y sin más distinciones, un médico escritor. Luego será preciso el enjuiciamiento de ambos componentes de su obra. Y por supuesto que yo hablo de médicos escritores, porque soy médico y estoy hablando desde un cierto ángulo de ese ser centáurico, quimérico, que

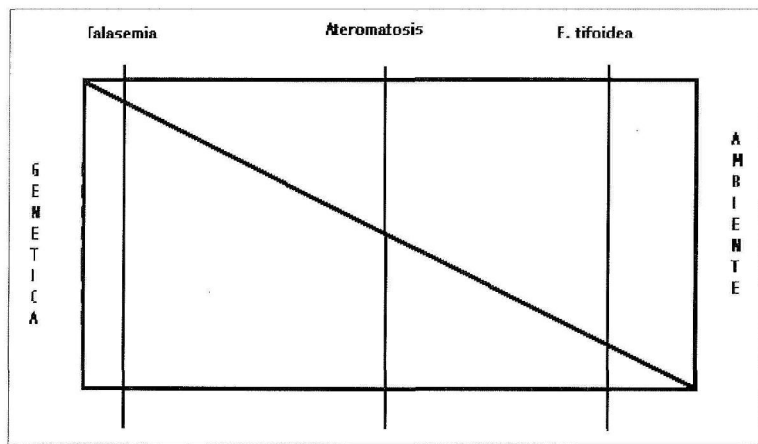


Figura 1.—Esquema para representar la importancia relativa de los factores genéticos y ambientales en la etiopatogenia de algunas enfermedades.

62

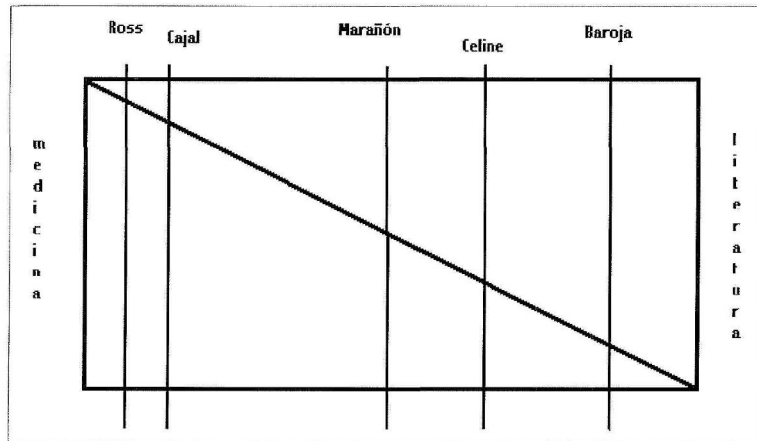


Figura 2.—Esquema para representar el peso relativo de las actividades médica y literaria en algunos médicos escritores.

es el médico que también escribe. Pero entiendo perfectamente que alguien estudie a los escritores médicos, desde el otro lado. Y siempre la valoración de las dos dedicaciones ha de hacerse por separado y de acuerdo con las particulares coordenadas que cada campo demanda. Después vendrá, obviamente, la consideración y valoración del individuo, de la persona en su radical unidad.

Tras esta definición preliminar, surgen inevitablemente dos cuestiones, al menos, de la máxima importancia para nuestro propósito: ¿son, han sido a lo largo de la historia, muchos los médicos escritores?; y, ¿cuál ha sido la importancia de su aportación a la literatura?

Ninguna de las dos preguntas es fácil de contestar. Seguramente, no es verdad eso que se ha dicho de que cada español lleva una novela escrita debajo del brazo. Pero sí es verdad que, en cualquier país, cualquiera con estudios universitarios, o sin ellos, y una cierta exposición a un ambiente cultural o literario, está en condiciones de escribir algo. En algún momento de la vida muchos hemos tenido la tentación, y hemos sucumbido a ella, de hacer un poema, contar una pequeña historia, redactar una despedida o una nota necrológica. En cuanto se haya hecho esto algunas veces, ya hay antólogos que están dispuestos a cosechar médicos escritores, con la equivocada idea de que una antología es tanto más completa cuanto más numerosa o abultada sea. Lo que, evidentemente, no tiene por qué ser correcto.

Si la laxitud en los requisitos para integrar estas listas o catálogos de médicos escritores se une a un afán desmedido por incluir en ellas, como médicos, a autores que sólo han tenido una relación inicial o esporádica con la medicina —o ninguna relación en absoluto— se entenderá la extraordinaria cautela con la que deben acogerse los catálogos de médicos escritores a los que nos estamos refiriendo. Casi todos los que conozco están abultados sin mesura y están hechos con ninguna o pobrísima metodología. Sólo

algunas perlas de las muchas que se encuentran en ellas. Barbieri, hombre de gran cultura, amigo personal de Menéndez y Pelayo, que escribió algo pero fue sobre todo músico, ni fue médico, ni quiso, ni pudo serlo. Se matriculó el 1 de octubre de 1837, por presiones familiares, y a los dos meses, cuando empezaron las clases de Anatomía, en San Carlos, y hubo de bajar al anfiteatro, a la vista de un cadáver, se quitó la bata, abandonó el flamante estuche de disección y todavía lo andan buscando los compañeros. Engañó a la familia hasta los exámenes de junio, cuando lo confesó todo. Algo parecido le pasó a Héctor Berlioz. Por cierto, en ese mismo año y lugar estudiaba también Medicina —hizo poco más de un curso— Ramón de Campoamor, cuyo profesor de Anatomía, el Dr. Corral y Oña, que luego fue marqués de San Gregorio, le aconsejó que dejara la carrera al conocer su reacción frente a los enfermos. Siguió inmediatamente el consejo, pese a lo cual todavía aparece en alguna relación de médicos escritores.

Mateo Alemán (1547-1615), un judío converso, se hizo bachiller en Sevilla y continuó su formación en Salamanca y Alcalá de Henares, donde estudió Medicina entre 1564 y 1568, «pero no consiguió obtener grado», leo. Al terminar los estudios comenzó una próspera carrera de mercader. Antonio García Gutiérrez (1813-1884) empezó la carrera de Medicina en Cádiz, pero «no siendo empresa para su temperamento, harto sensible, dio de lado la ciencia de Esculapio y Avicena para dedicarse a la poesía, en contra de la voluntad de su padre». Esto aparece ya en las primeras líneas de su biografía en el Espasa, o sea que los antólogos no indagaron mucho. De hecho, se cuenta que para engañar a su padre, que no veía muy bien, García Gutiérrez escribía sus poemas con un caligrafía minúscula, simulando que eran apuntes de medicina y que esto dañó la propia visión del escritor. El italiano Della Porta fue un *filósofo de la naturaleza*, interesado en la magia, en la óptica, en la astrología y en la química. Escribió



picantes y notables sátiras, pero no puede, en rigor, ser catalogado como médico. Keats trabajó durante dos años como asistente de cirujano en hospitales de Londres, dedicándose después enteramente a la poesía. Goldsmith estuvo dos años en la escuela de Medicina de Edimburgo, pero no obtuvo el título. Friedrich Schiller ingresó a los catorce años en una academia militar fundada por el duque de Württemberg, en la que estudió, por imposición, Derecho y luego Medicina. Al terminar, en 1780, hubo de ser médico militar en un regimiento de Stuttgart, escribiendo entonces su obra *Los bandidos*, cuyo estreno en Mannheim le obligó a huir en enero del 82, sin que volviera a ejercer ya la carrera. No sé de dónde sacó alguien que Andrés Bello, el eminente filólogo y jurista nacido en Caracas, fue médico. Mihail Bulgákov (1891-1940), el autor de *El maestro* y *Margarita*, terminó medicina en 1916, sirvió como médico durante la primera guerra mundial y abandonó la carrera en 1920. La historia de un poeta no excesivamente conocido, pero incluido en alguna antología de médicos escritores, Francis Thompson (1859-1907), es aún más llamativa porque leo en su biografía que estudió erráticamente medicina durante seis años, pero suspendió en la licencia final tres veces, dos en Londres y una en Glasgow.

En algunos casos hasta se menciona a autores que, más o menos sinceramente, han confesado en alguna ocasión su deseo de ser médico. Así, por ejemplo, alguien cita en este contexto a Carmen Riera, premio nacional de narrativa de 1995, con su obra *En el último azul*, quien en una entrevista admitió: «yo quería ser médico, pero en casa no me dejaron». En cambio, otros que fueron médicos, quizá quisieron ser otra cosa. O quisieron ser varias cosas. Nada es fácil y en ocasiones hay que dedicar bastante tiempo a la investigación biográfica para intentar conocer la verdad. El caso del médico escritor francés Jean Reverzy (1914-1959) es curioso. En sus *Ecrits autobiographiques* relaciona el nacimiento de su vocación por la medicina con la lectura de

algún libro de Schopenhauer. Leyendo más tarde estudios sobre la obra de Reverzy en los que se habla de la pasión del autor por el mar, se menciona que él hubiera querido ser marino y de hecho preparó el ingreso en la escuela naval, pero sus aptitudes físicas se lo impidieron. Fue después cuando empezó los estudios médicos.

Insisto en que si se considera médico a cualquier autor famoso que haya tenido una mínima relación con la Medicina, y, por otra parte, se considera escritor al médico que hayan publicado cualquier cosa, sin más filtros de carácter crítico, se puede agrandar —distorsionar, a mi juicio— la contribución de estos profesionales a la historia de la literatura. Y esto se ha hecho. Entre los médicos famosos a los que, con la aceptación de algún trabajo literario mínimo, se incluye en el universo de los médicos escritores, citaré sólo el ejemplo de Claude Bernard. En su primera juventud escribió un par de obras teatrales —una de ellas en cinco actos, *Arthur de Bretagne*— y consta que el eminente crítico francés St-Marc Girardin las leyó y le sugirió que buscara otra profesión. Así lo hizo, para bien de todos, empezando medicina en París, en 1834, y llegando a ser quizá el más brillante fisiólogo de todos los tiempos. No volvió a escribir literatura.

Yo mismo hice un catálogo en el que, al menos, traté de exponer claramente las premisas. Se trataba de incluir en el mismo sólo a los componentes, en ese momento, de una agrupación de médicos escritores (la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas), que hubieran publicado al menos una obra de carácter no estrictamente médico. Salieron unos 129 autores, del total de 242 miembros de la asociación. Desde su fundación, en 1928, la citada asociación ha tenido 707 miembros (hasta el año 2001 inclusive), lo que quiere decir que la mayoría de ellos no pudieron ser incluidos en el catálogo. Por otra parte, tampoco se incluyeron los médicos escritores que no pertenecían a la asociación, por razones puramente prácticas. O sea, el catálogo es par-

cial e incompleto. Y lo avisé desde el principio.

El catálogo de poetas publicado por la Asociación Prometeo de Poesía, en 1985, titulado *Quién es Quién en Poesía*, supone un ejemplo en la buena dirección, ya que, al menos, exige unos requisitos mínimos para ser incluido en el mismo. Se propusieron inicialmente 1.150 poetas españoles y todos ellos fueron analizados y votados por un numeroso grupo, cincuenta, de críticos y poetas consagrados. Finalmente, sólo 400 autores fueron seleccionados y son los que figuran en el catálogo.

Después de tanta precaución, creo que justificada, también habrá que decir que son bastantes los médicos que han publicado una obra literaria estimable y citaré algunos de los más famosos, porque quizá no todos los oyentes han tenido la oportunidad de hojear alguno de los muchos catálogos que existen, y a los que me he referido genéricamente. Fueron médicos Arnaldo de Vilanova, Averroes, Barahona de Soto (el autor de *Las lágrimas de Angélica*), Pío Baroja, Antón Chejov, Louis-Ferdinand Céline, Archibald J. Cronin, Alfred Döblin, Georges Duhamel, López de Villalobos, Maimónides, Gregorio Marañón, Somerset Maugham, Axel Munthe, William Osler, Rabelais, Ramón y Cajal, José Rizal, Rof Carballo, Jaime Salom, Felipe Trigo, Vallejo-Nágera, Laín Entralgo, William Williams. Y hay muchos más, desde luego. Aun así, al considerar las vidas de Averroes, Maimónides, Rabelais y otros autores antiguos se deberá huir de adscribir a los mismos los rasgos y características que supone el ejercicio moderno o preferente de la medicina. Son médicos, entre otras cosas. En fin, se trata de una realidad compleja, no fácil de interpretar. Pero no tenemos tiempo de detenernos más en esto.

Acabo de preparar esta cortísima lista y leo, un poco después, una más detallada biografía de Archibald J. Cronin. El novelista escocés ejerció la medicina durante algo más de una década, antes de dedicarse enteramente a escribir. Su primer libro ya

fue escrito cuando había abandonado la práctica médica. Y todos los restantes, claro. ¿Y cómo valorar la contribución de los médicos al mundo de la literatura? Aquí, ya lo he hecho notar en otras ocasiones, se impone una cierta mesura. A mi juicio, se ha exagerado innecesariamente el papel de los médicos escritores. A partir de los errores y enfoques parciales a los que he aludido antes, algunos han pretendido poner de manifiesto una casi necesidad de los médicos de volcarse en la literatura o, también, una situación de privilegio excepcional, por las características de su profesión, para el ejercicio de la misma. Y habiendo en esto un elemento de verdad, como ya he señalado, también conviene establecer los límites pertinentes.

Porque, si nos hemos de basar en el reconocimiento público, las obras de médicos escritores no dejan de constituir una minoría entre las de verdadero valor y renombre. De los premios Nobel de Literatura, ninguno ha sido médico, por ejemplo. Hubo graduados en derecho, diplomáticos, periodistas, filólogos, algunos sin estudios superiores e incluso sin estudios formales. Entre los premios Planeta, hasta 1996, ha habido tres médicos: Santiago Lorén (1953, *Una casa con goteras*), el argentino Marcos Aguinis (1970, *La cruz invertida*) y Juan Antonio Vallejo-Nájera (1985, *Yo, el Rey*). Juan Ramón Zaragoza, médico, fue premio Nadal (1980, *Concerto grosso*). Ninguno ha sido premio Cervantes. Puede haber algún error, pero creo que las anteriores afirmaciones son básicamente exactas.

Haciendo un estudio muy somero e inicial de la obra *Quién es quién en las letras españolas*, tercera edición, publicada por el Instituto Nacional del Libro Español, que comprende unos 1.600 autores, de una muestra escogida al azar de 269 escritores españoles, sólo hemos encontrado 9 médicos, mientras que hay 86 licenciados o doctores en Filosofía y Letras, 65 de Derecho, 28 periodistas, 18 economistas, 16 maestros nacionales, etc.

En el fondo, si meditamos sobre el tema, es forzoso llegar a la conclusión de que tenía que ser así. Es obvio que el médico en su trabajo está en contacto con la enfermedad y la muerte y esto le enfrenta con problemas básicos, nucleares e íntimos del ser humano, que seguramente vive con una inmediatez y dramatismo no frecuente en otras profesiones. Un abogado penalista puede tener algunas experiencias similares a lo largo de su vida, mientras que éstas son continuas en la práctica rutinaria de los médicos. Por ello, se puede argüir que la conciencia de la finitud de la vida impregna nuestra existencia —la de los médicos— y colorea irremediamente nuestra concepción de la propia vida. Pero también los filósofos, los pensadores, los artistas que han calado hondo a través de su obra en la condición humana, han incidido sobre este tema, precisamente porque es tan universal y omnipresente que atraviesa todas las capas sociales, todas las ocupaciones, todas las conciencias. Por otra parte, es forzoso admitir que existen otras realidades de análoga trascendencia: la falibilidad, el pecado, la culpabilidad, el amor, el desamor, la soledad, la desolación, la justicia, la equidad, nuestra relación con el universo, con el dios o los dioses, la libertad, los fines últimos, etc. Y es, por cierto, la asunción y estructuración íntimas de todas ellas lo que probablemente caracteriza de manera más profunda la singularidad, el talante vital de cada persona.

Ocurre además que estas preocupaciones hondísimas están, a su vez, relacionadas entre sí. Sólo por ello habría que admitir la posibilidad de que, desde otras profesiones, se perciban con igual o mayor acuidad otros aspectos de esta compleja urdimbre existencial en la que nos debatimos permanentemente. En «Reflexiones sobre la muerte», un capítulo de la obra *Medicina y Vida (II)*, del Dr. José María Sillero, éste explica que le ha llevado a meditar sobre el tema la lectura reciente de dos libros: *Las preguntas de la vida*, de Fernando Savater, que trata también de nuestra condición de

mortales, y *Paseo alrededor de la muerte*, del Dr. García Sabell. Yo no creo que, sólo por la profesión del autor, quepa deducir que el segundo libro ha de ser más profundo o revelador que el primero. Está claro que hay muchos otros factores en juego. Shakespeare hace decir a Macbeth, en el acto V, «la vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y agita una hora sobre la escena y después no se le oye más». Luis Mateo Díez, uno de nuestros más recientes académicos, en *La ruina del cielo*, su poderosa crónica del mítico territorio de Celama, a través del personaje de Ismael Conde, precisamente un médico de la región —¡tenía que ser médico! No es casual; existe también esta imagen romántica y amable de nuestra profesión, que es reconfortante, siempre que no la sobrevaloremos excesivamente, pero no puedo detenerme en esto, el tema de los médicos creados por la literatura—, razona también sobre la vida: «Una mala comedia en la que los artistas no tienen ni tiempo de decir el papel completo». Shakespeare no era médico, ni Mateo Díez lo es. Con esto no pretendo demostrar nada; quiero decir, simplemente, que no hace falta serlo para filosofar sobre la vida, su fugacidad, etc. Pero es que, además, por referirme sólo al último autor, su obra trata naturalmente de bastantes otras cosas —de la irremediable desaparición de una forma de cultura y de vida rural, por ejemplo— y son muchos los mundos que se entrecruzan y muestran en ella. Las ensoñaciones, el humor, el profundo conocimiento de la región, de la literatura y el idioma. Todo converge, aquí y siempre, para crear una verdadera obra literaria.

Es verdad que la medicina es una actividad compleja, en la que confluyen muchas otras, y esto, en ocasiones, dota de profundidad y versatilidad a los que la practican y, en este sentido, los médicos representan un estrato cualificado de la sociedad. Pero, después de haber leído u oído casi todo lo que se ha dicho al respecto, creo que Marañón llevaba razón cuando insistía en que «el mé-

dico es, en suma, un espectador más de la vida [...] que casi nunca ve cosas que no vean los demás» y entendía su actividad literaria más bien como un intento justificadísimo de evasión, frente a la monotonía y lo cotidiano. Vallejo-Nágera lo vio también así: «La medicina es la más hermosa de las profesiones –afirmación categórica que cualquiera tiene derecho a hacer y cualquiera a rebatir, añado yo– pero su ejercicio es muy duro. Después de diez o doce horas de tarea, el cuerpo y el alma piden, exigen, compensaciones. Algunos las encontramos en la creación de un mundo artificial imaginario». No conozco yo muchas profesiones en las que, tras diez o doce horas de tarea, no ocurra lo mismo. Incluso en la de los encargados de seleccionar las *starlets*, las jóvenes promesas, para el cine o la televisión. De todas maneras, lo que parece increíble –añado yo– es que con una profesión tan exigente y apremiante quede algún tiempo para ese escape que demanda esfuerzo. Por ello es tan deslumbrante el fenómeno del médico escritor.

Ya digo que todas las razones y sinrazones en este terreno me son relativamente familiares. Somerset Maugham –dejó la medicina para escribir– notó: «No conozco un entrenamiento mejor para un escritor que pasar algunos años en la profesión médica». Lo de antes. Se puede decir lo que se quiera, porque queda siempre la impagable bendición del desacuerdo, al que yo me acojo aquí clamorosamente, a pesar de la personalidad del citado. Pero, como decía Juan de Mairena a sus discípulos, «la verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero». Querría, como ejemplo de esas diversas proporciones en las que se combinan las actividades médica y literaria, poner un pequeño ejemplo de dos médicos escritores que son muy distintos en ese sentido. Hablaré muy sucintamente de Arthur Conan Doyle (el creador de Sherlock Holmes) y de Francisco López de Villalobos, al que probablemente muchos de Uds. no conocen.

Arthur Conan Doyle nació en Edimburgo (Escocia), en 1859, de padres católicos y se educó con los jesuitas. Más tarde en el Stonyhurst College, entre los compañeros y maestros encontró caracteres y hasta nombres que utilizó para modelar los personajes de sus novelas. Moriarty, por ejemplo, era el nombre de un par de alumnos. Estudió Medicina en Edimburgo y terminó en 1885. La practicó unos cinco o seis años, hasta 1891, en que se dedicó sólo a escribir. La primera historia de Sherlock Holmes, *Un estudio en rojo*, la publicó en 1887, pero la había escrito en tres semanas del año anterior. En el 1893, el mismo año en que murió su padre, se cansó del personaje de Holmes y decidió acabar con él, en *El problema final*, haciéndole desaparecer en las cataratas del Rhin, en Reichenbach. El desencanto del público fue enorme y muchos llevaron brazaletes negros como señal de luto por la muerte del detective, mientras la revista en la que se publicaba sus historias perdió hasta veinte mil suscriptores. En 1903, Doyle decidió «resucitar» ingeniosamente a Holmes.

Trabajó también Doyle como médico, por unos meses, en África del Sur, durante la guerra de los *boers* (1899-1902), en un hospital de campaña y escribió *La guerra en Suráfrica*. Se presentó después dos veces (en 1900 y 1906) a las elecciones al Parlamento, pero no las ganó. Cuando su hijo Kingsley murió en la primera guerra mundial, Doyle empezó a interesarse por los estudios de espiritismo. Murió en 1930, en su casa de Windlesham, en Sussex.

Como se ve, una vida más bien dedicada a la literatura, en la que no podemos entrar ahora. Sólo mencionaré que probablemente un personaje real, el Dr. Joseph Bell (1837-1911), su maestro en la universidad de Edimburgo, fue el modelo que inspiró a Doyle para la creación de su famosísimo detective. Contaré una historia real de este Bell, según la refiere Donald Hunter en su obra *The diseases of occupations*: «Una mujer con un niño pequeño entró a la consulta. El Dr. Bell le dijo “Buenos días, ¿qué

tal el camino desde Burntisland?”. “Bien”, respondió la mujer. “¿Y el paseo desde Inverleith Row?”. “También bien, doctor”. “¿Y dónde dejó Ud. al otro crío?”. “Lo dejé con mi hermana, en Leith”, respondió la señora. “¿Y sigue Ud. trabajando en la fábrica de linóleo?”. “Sí, sigo allí, doctor”. El Dr. Bell se volvió hacia sus estudiantes y les dijo: “Ven Uds., señores. Al entrar la paciente, a la que veo por primera vez, noté su acento del condado de Fife y, como saben, la ciudad más próxima de este condado es Burntisland. Habrán notado la arcilla roja en el borde de sus zapatos. Esa arcilla existe sólo en el Jardín botánico, en veinte millas a la redonda. La calle Inverleith bordea el jardín botánico y es el camino hasta Leith. Observaron que el abrigo que lleva en el brazo es demasiado grande para el niño que viene con ella, por lo que ella debió de salir de casa con dos niños. Finalmente, tiene una dermatitis en los dedos de la mano derecha que es típica de los trabajadores de la fábrica de linóleo en Burntisland”».

Conozco más anécdotas del Dr. Bell, un cirujano dotado de una percepción rapidísima y un extraordinario poder deductivo. Pensaba que lo primero que había que enseñar a los estudiantes de medicina era a observar meticulosamente. Y para interesar a la clase en tal conducta solía hacer demostraciones como la que antecede. En cualquier caso, un excelente tipo para inspirar al Dr. Doyle.

Es claro que el tema de la literatura y los médicos no se agota, lo que ya sería mucho, con la catalogación de los médicos escritores. Se podría hablar también de las influencias de los médicos reales en la literatura. Y, por supuesto, de los personajes de ficción que fueron creados médicos. Sólo esto requeriría otra investigación de gran envergadura.

El otro ejemplo es el del doctor Francisco López de Villalobos, nacido en este lugar de Zamora, en 1474, y que murió en Valderas (León), probablemente en 1549. Pertenecía a una familia de médicos al servi-

cio de los marqueses de Astorga y estudió medicina en Salamanca, seguramente con la ayuda del marqués. Recién terminada la carrera, en 1498, antes de empezar el ejercicio profesional, escribió *Sumario de Medicina*. Se trata del primer libro sobre materia médica escrito en castellano, en verso, porque aunque anteriormente Diego del Cobo había escrito una *Cirujía rimada*, esta obra jamás llegó a imprimirse. En latín y griego hay precedentes de estos textos médicos en verso desde el siglo II a. de C., con Nicandro de Colofón, aunque el más famoso fue el *Régimen Sanitatis Salernitanum*, escrito entre los siglos XI y XIII en el ambiente de la escuela de Salerno.

El libro está inspirado muy directamente en Avicena y de él lo más importante es el «tratado sobre las contagiosas y malditas bubas», a las que el llamó «sarna egipciaca» y que se identifican con la sífilis. Fue así unos de los primeros en descubrirlas e individualizarlas, tras otros autores extranjeros, que lo habían hecho sólo dos años antes. Escogeré un fragmento de la obra:

Del parto difícil

*Por ser la que pare gruesa o pequeñuela,
O porque el que nasce está grande o mal
puesto,*

*O por la madriz estar seca o estrechuela,
O por el tiempo que quema o que yela,
O la secundina es de duro compuesto;
O porque es muy simple y ruin la partera,
O por ser enfermos los miembros vecinos,
Por todas las causas de questa manera
Padecce mal parto, y no es mucho que
muera*

Quien pare y con fuertes dolores continos.

Villalobos era judío converso y esto le originó algún problema, según se desprende de unos versos de contestación al Almirante de Castilla, D. Fadrique Henríquez, que era un noble de aficiones literarias, en las que, con cierto humor, se defiende:

*Si el físico se tomase
Para hacer generación,
Era muy justa razón
Que el linaje se mirase;*

*Mas para ver los meados
Y los humores dañados,
Mirar los antecesores
Son decretos muy sobrados.*

Fue médico del marqués de Astorga, en 1507 aparece en el séquito del Duque de Alba y en 1518 es ya médico de Carlos I, al que sin embargo no acompañó en sus viajes a Italia y Alemania. Lo explica también con gracia, en un escrito de 1519: «Yo no puedo acabar conmigo de ser alemán, porque ni Dios me hizo para aquel fin cuando me ponía la color, ni me parió para eso mi madre. Si España no basta para sustentarme, bastará la misericordia de Dios: es muy corta la vida para poner sobre ella tan grande jornada, y es muy ruin mercadería curar calenturas donde no hay sino nieves y la mar cuajada».

Estuvo presente en la muerte de la emperatriz Isabel, en 1539, y el suceso no dejó de empañar su prestigio profesional, al tiempo que le indujo una fuerte depresión, que le llevó a alejarse de la corte. Hacia 1542 se marcha y refugia en Valderas, de León, peripecia que también describe en una de sus cartas: «en Valderas hay buen aparejo para ganar una heredad que sobrepueje a todas las otras ganancias, esta es el alma, que ya el tiempo de esta vida para mí es muy breve, y aun he miedo que venga tarde a negociar para el tiempo de la otra que nunca se acaba».

Todas estas consideraciones no le impidieron, una vez allí, casarse en segundas con una mujer joven y seguir ejerciendo de médico y escribiendo hasta su muerte, probablemente en 1549. Aun así, la obra estrictamente literaria de Villalobos es escasa y se compone de algunas poesías, un epistolario (con 11 cartas en latín y 47 en castellano), la traducción del Anfitrión, de Plauto, y el libro *Problemas*, que es una miscelánea de temas, impreso en Zamora, en 1543, y que tuvo varias ediciones después. En la obra revela sus variados conocimientos y allí se encuentra su *Tratado de las tres grandes (la gran parlería, la gran porfía y la gran*

risa), en donde se muestra fustigador y cáustico, y la triste y desesperanzada canción:

*Venga ya la dulce muerte
Con quien libertad se alcanza;
Quédese a Dios la esperanza...*

En definitiva, y sin entrar en más precisiones, una vida dedicada fundamentalmente a la actividad médica, con el esfuerzo, los sinsabores, los problemas y las preocupaciones que ésta comporta. Y eso que se trataba de un médico triunfador, un médico de la nobleza y de la realeza. El mismo escribió: «he trabajado [...] en preservar la salud de los más altos y mejores príncipes del mundo; y esto hice con todo mi estudio, pasando muchas noches en suspiro et sin sueño, y otras echando estos huesos secos sobre las alhombros...».

Por todo ello, si trato de ser ecuánime en cuanto a la trascendencia última de la contribución de los médicos a la literatura y ser ponderado en mi juicio, hay algo en lo que no podría ser más contundente. Yo creo que tenemos una bellísima profesión, cuando se ejerce con todas las consecuencias, con todos los compromisos. Si queda tiempo, además, para pergeñar unas cuartillas, esto debería entrar casi en la categoría del milagro. No se garantiza con ello la calidad de lo escrito; ya lo sé, lo acepto y hasta insisto honradamente en proclamarlo. Pero sí se tiene derecho a la más absoluta de las benignidades. Porque la obra debe enjuiciarse desde esta perspectiva del médico inmerso en su profesión, en su quehacer diario. Y aun así, muchas veces es estimable, honesta y se acompaña de una marcada prudencia en el propio juicio, porque, al fin y al cabo, no somos profesionales de la literatura.

A pesar de la complejidad del tema, y de la realidad poliédrica del mundo de los médicos escritores, me gustaría dejar algunas conclusiones que habrán de ser, forzosamente, muy prudentes y contenidas: 1) No sería justo, a mi juicio, hablar de una relación particularmente privilegiada entre el mundo de la medicina y el de la literatura, a pesar de una larga tradición bastante caprichosa que la postula, sin demasiado es-

píritu crítico. 2) Es prácticamente imposible simultanear de manera intensiva ambas actividades, como parece lógico. 3) Los escritores, médicos, que han alcanzado reconocimiento universal como escritores, han tenido que abandonar, de manera más o menos total, el ejercicio de su profesión, salvo casos realmente excepcionales.

Todo esto parece bastante normal y no es exclusivo de los médicos con vocación literaria. En estos días se está dando en el Teatro Real de Madrid la ópera «Pelleas y Melisenda», de Debussy, basada en la obra de Maurice Maeterlinck (1862-1949), que fue Nobel de literatura en el 1911. Había estudiado derecho en Gante, empezó a ejercer allí, pero enseguida abandonó la práctica para dedicarse a la literatura.

¿Deberían, entonces, abstenerse de escribir los profesionales, y en concreto los médicos? En manera alguna, obviamente. Ya hemos visto cómo la literatura constituye una vía de evasión legítima y quizá salvadora para muchos de ellos. Es más, yo creo personalmente que, aceptando con cautela esa, a veces propuesta, función vicariante o sustitutiva de la fantasía respecto a la vida real, muchos médicos se refugian en la literatura para experimentar vivencias para las que no tienen tiempo en la vida cotidiana. A estos médicos escritores y humanistas, sin particulares afanes de notoriedad, que son los más, querría referirme ahora. Para decirles que encarnan la solución al problema tan agudamente visto por el famoso físico y novelista británico Charles Percy Snow —ya dije que no sólo hay médicos escritores— quien en su libro *The two cultures and the scientific revolution*, de 1959, expresó su preocupación porque «la vida intelectual de la sociedad occidental se está dividiendo cada vez más en dos grupos polarizados. [...] En un polo tenemos los intelectuales literarios, en el otro los científicos», con cierta incompreensión mutua entre ellos. Más recientemente, George Steiner, uno de los pensadores más brillantes de nuestro tiempo, al que mencioné antes, habla del «gran diálogo de sordos que se está

produciendo entre las ciencias y las humanidades» y señala que hace falta tender un puente entre los dos lenguajes. El acercamiento, insisto yo, ha de ser bidireccional y hay que esforzarse también en entender la ciencia y la matemática, porque quizá estemos viviendo ya en el *epilogos*, el tiempo después del *logos*. «Si ahora quieres hablar del universo, de la bioquímica o de la genética, tienes que hablar en lenguaje matemático. El 90% de la descripción del Universo —sigue diciendo Steiner— se hace hoy con las matemáticas. La crisis empezó con Galileo».

En definitiva, también es muy importante el mundo de la ciencia y de los números. Los propios científicos han bromeado sobre la superioridad del arte, la inspiración y la intuición sobre el trabajo metódico que exige la investigación. Max Delbruck, el padre de la genética molecular, escribió: «Si uno no tiene dotes para ser artista, ¿qué puede uno ser sino científico?». No es verdad. La ciencia puede ser extraordinariamente creativa y demanda a veces una inspiración y genialidad comparables a las requeridas por cualquiera de las bellas artes. Los descubridores, los inventores ven lo que todos ven, pero piensan lo que nadie piensa. El mal uso que pueda hacerse de los avances tecnológicos no debe ser imputable a los que conquistan paso a paso la utopía de un mundo más habitable y feliz. Es más difícil hacer un mal uso, o un uso peligroso del arte, esto es verdad. A cambio, también se presta, mucho más que la ciencia, al camelo y la falsificación.

Pues bien, en cierto sentido, el médico escritor ejemplifica una superación real de ese temor, fundado por otra parte, y eso le hace ya sagrado. Se dice en francés que *nada es más triste que un león ladrando*. Pues yo, que he instado muchas veces al comedimiento y a la modestia, también quiero gritaros ahora que no ladréis, porque seguramente podéis rugir. Si hacéis de médicos, de médicos de verdad, si os habéis afanado por conseguir más saberes de los estrictamente indispensables, si habéis

tenido la responsabilidad de enseñar algo de lo que habéis aprendido, si habéis contribuido con vuestras investigaciones y publicaciones, aunque sea modestamente, al avance de vuestra especialidad, si habéis tenido algún reconocimiento en vuestro país y/o fuera, sois ya mucho. Todo lo demás es ya añadidura. Porque estamos entre médicos; es decir, entre gente que sólo puede dedicar una pequeña parte de su tiempo y de su esfuerzo a la creación artística. No estamos entre artistas puros. Tenemos muchas cosas que hacer. No sería justo exigirnos una perfección que supusiera una dedicación más exclusiva.

Y hay áreas del pensamiento, de la historia, en las que la formación de médico puede ser especialmente útil. Para divulgar y meditar sobre ciertos aspectos de la realidad y de la vida: el envejecer, el enfermar, la reacción frente a estas vivencias nucleares, su influencia sobre las obras de los seres humanos, etc. También para enriquecer muchas biografías, considerando en profundidad la personalidad, las características físicas y los hábitos de los biografiados. Estos son campos, no privativos, pero sí muy apropiados para las tareas del médico escritor. En ellos sus conocimientos profesionales pueden revelarse muy convenientes y hasta imprescindibles.

Ya pueden comprender que he meditado bastante estas ideas mías, algo iconoclastas en un terreno en el que la exageración ha prevalecido desde hace tiempo, antes de formular y exponer mis juicios. Siempre llegaba al mismo final: Imaginemos una audiencia virtual, para no referirme a nadie en concreto, en la que algunos médicos—dotados, creo yo, de una cierta y valiosa excepcionalidad—han ejercido notablemente, brillantemente, su profesión y además han logrado escribir con prudencia y oportunidad obras de carácter literario. ¿Se gana mucho despojándose de esta nota de singularidad y distinción para afirmar que eso es casi lo normal entre médicos? ¿Se gana mucho presentando como médicos a autores que no pudieron soportar el estudio de

la medicina o sólo la estudiaron y no la ejercieron? El día que me expliquen las ventajas, yo me desdiré de lo que sea razonable. Ya han visto que sólo a regañadientes quise dar una cortísima lista de médicos escritores. Las pueden encontrar mucho más extensas en muchos sitios y casi siempre, como les he contado, innecesariamente exageradas. Pero sí querría nombrar, sencilla y amistosamente, a los que tengo en la memoria, de nuestra provincia de Jaén, algunos de los cuales ya no están con nosotros. O están, seguramente están, en ese otro tiempo que descubriera o intuyera o inventara Borges. Por orden alfabético, mi saludo o mi recuerdo para Juan Antonio González, Pascual Iniesta, Ramón Martos, María Nieto, Rafael Ocaña, Fermín Palma, Juan de Dios Peñas, Domingo Puertas, Enrique Puyol, Nicolás San Juan, Juan Manuel Siles, José María Sillero, Joaquín Urgel. Todos encontraron algunos ratos en sus vidas para ofrecernos algo que es sencillamente impagable. Seguro que me dejó a algunos que no conocí y de los que no me llegó noticia.

Y ya me tienen Uds. hablando de personas, a algunas de las cuales conocí, personalmente o por sus nombres, de niño y adolescente y ocupan un lugar privilegiado en mi memoria. ¿En qué permanentes desvaríos incurre nuestro cerebro que potencia tan extraordinariamente nuestras primeras vivencias? Ya he contado en alguna otra ocasión la historia de aquel soldado italiano herido en la región fronto-parietal durante la primera guerra mundial, que había perdido el uso del lenguaje y sólo podía pronunciar el nombre de su pueblo. Lo cuenta un médico escritor, el cirujano Andrea Maiocchi, que escribió una obra titulada *Una vida de cirujano*. Y hace unos días nuestro Camilo José Cela, quizá ya ante la presencia confusa de la muerte, lanza un grito a la vida del lugar en que nació: *Viva Iria Flavia*. ¿Será verdad aquello que escribió el ingenioso dramaturgo americano Philip Barry de que «todo lo que nos sucede

después de los doce años carece de verdadera importancia?».

Quizá es verdad. En una carta del citado Jean Reverzy, dirigida a su hijo, le cuenta algo sobre su pasión por el mar; y termina: «Que todo esto te enseñe que la vida de un hombre consiste sólo en realizar los ensueños de un niño». Esta carta es del 3 de noviembre de 1952 y está escrita desde Tahití. Hace cincuenta años; se imaginan Uds. Y ahora llegan estas palabras aquí, a Jaén y quizá son capaces de congobernarnos un poco. ¡Qué inmenso poder, qué oculta magia tiene la palabra, al fin y al cabo sólo un poco de aire estremecido! No es que al principio fuera la palabra. Es el presente y el futuro. Todo es la palabra. ¿O tal vez el número? Pero también es verdad que nos vamos haciendo cada día, según uno y los demás quieren, sin demasiado lugar para los sueños. En fin, siempre muchas preguntas y muchas menos, e inseguras, respuestas. En cualquier caso, sí me gustaría decir que, para mí, la principal razón por la que estoy aquí hoy, es por haber nacido en la tierra y haber permanecido quizá siempre en ella, de una manera u otra. Por cierto, Cela se matriculó de Medicina, en 1934, en la Com-

plutense, y estuvo allí unos meses. Se escapaba para oír a Pedro Salinas. Todavía nadie lo ha catalogado como médico escritor. Todo se andará.

Permitidme que termine esta charla, con unos versos de otro médico escritor, Miguel Óscar Menassa, nacido en Buenos Aires, en 1940, que aluden a esa parte de nosotros mismos que, en último término, nos impele a escribir a todos, médicos o no. Lo que nos desborda, lo que nos supera, lo que ni siquiera podemos controlar y representa finalmente la libertad:

Soy lo que vuela.

Encadenadme y seré lo encadenado
[que vuela.

Matadme y seré lo encadenado y
[muerto que vuela.

Alguien dijo que todos los oradores hablan diez minutos de más. Les aseguro que he hecho todo lo posible para que esto no me sucediera a mí. Muchas gracias. ◀

Francisco J. Redondo Álvaro, Doctor en Medicina. Bioquímico. De la Asociación Española de Médicos Escritores.
